

¿Qué significó la visita del Papa a Brasil?

Washington Uranga, es el representante en Colombia de la agencia IPS. Inter Press Service es una agencia informativa del Tercer Mundo, fundada en 1964. Con un enfoque diferente a los hechos internacionales, este nuevo servicio informativo se ha convertido en la alternativa para los países en vía de desarrollo.

EL MUNDO

Medellín, Domingo 27 de Julio de 1980

"Uno, dos, tres, cuatro, cinco mil, queremos que el Papa se quede en Brasil". El estribillo fue cantado centenares de veces por más de 15 millones de personas que en todo el país se dieron cita en las calles, las plazas y los estadios del más grande país latinoamericano para expresar su afecto y adhesión al Papa Juan Pablo II.

"Juan de Dios", como bautizó al Papa una campaña publicitaria montada por la arquidiócesis de Rio de Janeiro, estuvo 12 días en Brasil, recorrió 13 ciudades y en ese tiempo logró la adhesión unánime del pueblo brasileño, que lo aclamó como a un verdadero líder popular. Los propios brasileños no podían salir de su asombro. Nunca antes se había visto en ese país concentraciones de masa de tal magnitud y, sobre todo, tanto entusiasmo popular.

'Juan de Dios' se convirtió en 'Juan del Pueblo'

Para poder entender el fenómeno ocurrido en torno a la visita del Papa a Brasil, es necesario conocer el momento político que vive actualmente ese país. Desde 1964, cuando fue derrocado el entonces presidente Joao Goulart, Brasil vive bajo un gobierno militar inspirado en la "ideología de la seguridad nacional".

El "milagro económico" del comienzo de los años setenta se cimentó en una política económica basada en la concentración de la renta en cada vez menos manos, mientras la pauperización de la clase media se hacía día a día más grave y el hambre del pueblo continuaba en aumento.

El modelo económico se complementó con una política represiva que desmanteló la gran mayoría de las organizaciones políticas, sindicales y estudiantiles de todo el país.

Toda instancia organizativa era mal vista por los militares entrenados en la "Escuela Superior de Guerra", fieles discípulos del más destacado ideólogo de la "seguridad nacional": el general Golbery do Couto e Silva.

Apenas con el actual gobierno, presidido por el también general Joao Baptista Figueiredo, el país comenzó a vivir una cierta "apertura política".

Una ley de amnistía, de carácter restringido, permitió el reingreso al país de muchos dirigentes políticos, sindicales y estudiantiles que habían salido en la década de los sesenta huyendo de la persecución del régimen.

Comenzó a vivirse entonces una especie de "adolescencia política". Temas como los derechos humanos, las libertades sindicales, la justicia social fueron asomando en forma desordenada e inorgánica a la vida cotidiana de los brasileños. Este proceso se aceleró en los últimos meses, y cuando Juan Pablo II llegó a Brasil estos temas estaban en boca de todos y cada uno de los brasileños.

Así, la temática de Juan Pablo II coincidió sorprendentemente con la coyuntura política de Brasil. Los brasileños, viviendo en "adolescencia política", sin organizaciones capaces de canalizar sus aspiraciones, sus luchas, encontraron en el Papa al hombre que interpretó sus sentimientos, que levantó en lo alto sus problemas, sus denuncias.

Esta es una de las primeras razones por la cual "Juan de Dios" se convirtió, durante 12 días, en "Juan del Pueblo".

La importancia de la Iglesia

Con posteridad a 1964, ocurrido el golpe militar y arrasadas las bases organizativas del pueblo brasileño, la Iglesia Católica comenzó a jugar en aquel país un papel decisivo.

Como pocas veces ha sucedido en América Latina, la Iglesia se convirtió en el espacio de libertad y democracia que no existía en la sociedad civil.

En el seno de la comunidad cristiana, los católicos y quienes no lo eran, encontraron un lugar para reflexionar, para pensar su situación personal y la del país.

Y poco a poco la Iglesia Católica fue potenciando también su capacidad organizativa, especialmente a través de la creación de las comunidades eclesiales de base (CEB).

Estos núcleos de reflexión cristiana, pero también de compromiso social con el pueblo, se constituyeron en la piedra angular y base fundamental del avance de la Iglesia, de su presencia en situaciones conflictivas, incluso de su oposición al régimen militar gobernante.

Y al contrario de lo que ocurre en otros países del continente, la jerarquía de la Iglesia, los obispos reunidos en la Conferencia Nacional de los Obispos (CNBB), se convirtieron no sólo en apoyo, sino en el pilar fundamental de las posiciones de avanzada.

Fenómeno más sorprendente si se tiene en cuenta que Brasil cuenta con una Conferencia Episcopal integrada por aproximadamente 270 obispos (la imprecisión en el número se debe a que constantemente están renunciando algunos y otros son designados).

En 1969, Monseñor Cándido Padim, obispo de Baurú, elaboró por encargo de la CNBB, un documento en el cual se denunciaba con toda claridad la "doctrina de la seguridad nacional" base ideológica del gobierno militar brasileño.

Posteriormente, ya en 1979, la Iglesia latinoamericana, a través de los obispos reunidos en Puebla (México) condenaría explícitamente la "doctrina de la seguridad nacional".

Durante la década de los sesenta, la Iglesia brasileña profundizó su capacidad organizativa a través de las CEB, clarificó su línea pastoral de "opción por los pobres" y acrecentó su presencia en el campo social.

La constante defensa que los obispos hicieron de los derechos humanos, de la justicia social, de los derechos de los trabajadores y campesinos, fue haciendo más evidente el enfrentamiento entre la Iglesia y el Estado.

La represión también cayó sobre la Iglesia y en manos de los aparatos de seguridad murieron asesinados varios cristianos, entre ellos los sacerdotes Henrique Neto (Recife), y Joao Bosco Penido (Matto Grosso).

Documentos como "Exigencias cristianas de un orden político" (1977) e "Iglesia y los problemas de la tierra" (febrero 1980), ambos de la CNBB, pusieron bien en claro la posición de la Iglesia y sus obispos.

Aún sin pretenderlo la Iglesia se convirtió en la única "organización opositora" al gobierno de Brasil.

Y Juan Pablo II, más allá de sus intenciones, llegó al país como el máximo líder de esa "organización opositora", la Iglesia Católica.

Además de la evidente identificación religiosa que había con la figura del Papa también este elemento político, el prestigio y la capacidad organizativa de la Iglesia jugaron un papel fundamental en el fenómeno que se vivió en Brasil en torno a la visita papal.

Para muchos observadores, el Papa recogió los frutos de muchos años de trabajo y de presencia de la Iglesia Brasileña junto al pueblo.

'Padre Nuestro, el pueblo tiene hambre'

Con Juan Pablo II sucede un fenómeno raro en la historia: su personalidad es más importante que sus mensajes. Leonardo Boff, uno de los más importantes teólogos contemporáneos, nos decía al finalizar la visita del Papa al Brasil: "Dentro de algunos años será muy poca la gente que recuerde las palabras de Juan Pablo en sus innumerables pronunciamientos. Pero en la memoria de toda nuestra generación per-

manecerá inmortal la imagen de Juan Pablo II".

Los gestos, los ademanes, las actitudes del actual sucesor de San Pedro son más significativos que sus palabras. Y esto no quiere decir que estas últimas no tengan importancia.

La personalidad de Juan Pablo II es desbordante y en esto está su principal carisma.

Juan Pablo II se ganó al pueblo de Brasil. Lo hizo en base a una personalidad que demuestra a la vez ternura y vigor, expresión de un hombre profundamente religioso, pero al mismo tiempo humano y cariñoso.

Fue importante lo que dijo el Papa en Recife. Habló a 800 mil campesinos sobre los problemas de la tierra, de las limitaciones inherentes al derecho de propiedad, de los derechos de los trabajadores del campo, de las necesarias reformas de estructuras.

Pero mucho más importante fue su gesto de apoyo a Monseñor Helder Camara.

Dom Helder, como se le llama en Brasil, es un símbolo de la Iglesia comprometida con el pueblo, con la defensa de los derechos humano.

Y Juan Pablo II, cuando llegó a Recife, se bajó del avión y se dirigió directamente a Dom Helder, postergando el saludo protocolar a las autoridades civiles. Y la pequeña figura del arzobispo de Olinda y Recife se perdió, una y otra vez, en los brazos del pontífice.

Y antes de comenzar su homilía ante los campesinos el Papa pronunció una frase que, seguramente, para aquellos campe-

sinos, fue mucho más significativa que todas sus restantes palabras: "Helder, hermano de los pobres y mi hermano".

Una ovación rubricó el gesto, cargado de un tremendo valor simbólico.

Una situación similar se presentó en Tereshina, para mencionar tan solo otro de los gestos del Papa.

En esta ciudad, en el estado de Piauí, Juan Pablo II estuvo apenas una hora.

Piauí, en el nordeste, es uno de los estados más pobres del Brasil.

El Papa habló de pobreza, mientras la pobreza saltaba a sus ojos.

Un grupo de campesinos mantenía en alto un cartel en el cual se podía leer: "Santo Padre, el pueblo tiene hambre".

Y Juan Pablo II convirtió aquella denuncia en oración y al finalizar su alocución alzó los brazos y dijo: "Padre Nuestro, el pueblo tiene hambre".

Presencia social de la Iglesia

Pero también las palabras de Juan Pablo II tuvieron su peso.

Lo tuvieron en momentos claves: cuando habló en la "favela" de Vidigal (Rio), cuando lo hizo en Salvador (Bahía) a los pobladores de la "favela" de Alagados, cuando habló a los campesinos en Recife, a 120 mil obreros en el estadio de Morumbí (San Pablo) y a la CNBB en Fortaleza.

Desde la Conferencia de Puebla hasta ahora, el Papa ha hecho propio el tema de la "opción preferencial por los pobres". Pero en Brasil la insistencia fue manifiesta también sobre temas como derechos humanos, libertad, justicia, necesidad de cambios estructurales.

El Papa siempre abordó estos temas desde su perspectiva, claramente marcada por una visión ético-religiosa de la realidad. En este sentido el discurso de Juan Pablo II no ha variado sustancialmente desde el comienzo de su pontificado.

Pero, contra lo que muchos pensaban, el Papa insistió en la necesidad de la presencia de la Iglesia en el campo social.

"La Iglesia reivindica como su derecho y deber la práctica de una pastoral social, no en la línea de una proyección puramente temporal, sino como formación y orientación de conciencias, por sus propios medios específicos, para que la sociedad sea más justa", dijo el Papa a los obispos de la CNBB. Y agregó Juan Pablo II: "Es función social de episcopado preparar y proponer un programa pastoral social y realizarlo dentro de la unidad colegial. En Brasil existe tal posibilidad de organizar tal acción, con la perspectiva de dar muchos frutos, pues en este país la Iglesia y el episcopado constituyen una verdadera fuerza social".

Las palabras del Papa hicieron perder valor a las acusaciones de "intromisión en política" levantadas contra los obispos y las comunidades de base de Brasil. Juan Pablo II no sólo formuló en sus discursos el derecho y el deber de esta presencia de la Iglesia en lo social, sino que en su propia predicación tocó reiteradamente temas afines a esta problemática, para recalcar los aspectos que corresponden a la presencia de la Iglesia.

El Papa invitó a los obispos a "estar cerca y al servicio de todos los hombres, especialmente de los más desvalidos y necesitados".

Tampoco faltaron en la predicación papal las advertencias a los peligros, los excesos y los errores que se pueden cometer en el desempeño de la misión de la Iglesia. Pero estas advertencias tuvieron el solo objetivo de alertar en medio de la reafirmación de lo positivo de la acción.

El protagonismo del pueblo

A pesar de todo lo anterior, un estudio de los textos de los discursos de Juan Pablo II en Brasil podrá concluir seguramente, al comparar estas intervenciones con otras anteriores del Papa, incluso en los viajes precedentes, que, en términos generales, los contenidos no difieren sustancialmente de los anteriores.

Y ésta será una conclusión acertada.

En esta ocasión Juan Pablo II mantuvo la línea tradicional de su magisterio, que más de un analista no ha dudado en calificar de "conservadora".

Las diferencias estuvieron, en esta ocasión, en los acentos. Estimulado por el propio auditorio, por la problemática y la temática de este, el Papa habló con mayor insistencia de temas como derechos humanos, justicia social, opción preferencial por los pobres, dentro de una predicación global que no dejó por fuera casi ninguno de los temas centrales de la catequesis cristiana.

Pero, entonces ¿qué fue lo que cambió para que Juan Pablo II apareciera ahora más comprometido con los temas sociales, en posiciones que, a primera vista, parecen de mayor avanzada?

Lo que cambió fue el contexto político en el cual habló el Papa y la calidad de los destinatarios de los discursos.

Los temas a los que el Papa se refirió coincidieron con los temas que a diario discuten los brasileños como fruto de la "apertura" política. El resultado fue una tremenda demostración de apoyo a Juan Pablo II, incluso de los sectores políticos de izquierda.

Por otra parte el Papa consolidó, con su presencia, el proceso de apertura política.

Hay que tener en cuenta el papel importante de la masa católica.

La Iglesia de Brasil demostró, con la visita del Papa, el fruto de muchos años de trabajo, de organización de las bases, de formación eclesial y política de la gente.

Y fue así como gran parte de los 15 millones de personas que se volcaron a las calles estuvieron organizados, y encontraron en los sectores organizados de la Iglesia, la conducción que supo orientar y canalizar las expectativas.

Y entonces sobrevino el "diálogo" del Papa con la multitud. Era el pueblo el que con sus acentos, sus estribillos y sus silencios, iba dándole mayor sentido a lo que decía Juan Pablo.

Fue evidente el respaldo que a nivel popular alcanzaban las afirmaciones papales sobre derechos humanos, justicia social, opción por los pobres.

Como también era evidente el silencio con el que se acompañaban las advertencias con respecto a desviaciones o excesos en éste u otro sentido.

Y nadie puede pensar que se trataba de una actitud ingenua y espontánea de la masa. Estas reacciones son el resultado lógico de mucho tiempo de formación - pastoral y política - de la cual es, en gran parte, responsable la misma Iglesia.

Fue el pueblo el que asumió un papel protagonista y el que le dio a esta visita de Juan Pablo II a Brasil una fisonomía propia y distinta.

Las mismas palabras dichas ante otro auditorio hubiesen tenido una repercusión muy distinta.

Iglesia fortalecida y un incierto futuro político

Partió Juan Pablo II y como conclusión se puede asegurar que la Iglesia de Brasil salió sumamente fortalecida.

Juan Pablo II reforzó y avaló el compromiso con el pueblo y le dio la posibilidad de expresarse masivamente en las calles, identificándose con las propuestas del Pastor de la Iglesia Universal.

El Papa también respaldó a la Iglesia, y a los obispos, frente al poder civil. Explícitamente Juan Pablo habló de la CNBB como genuino representante de la Iglesia, incluso ante las autoridades civiles.

Por esto, y por el respaldo popular en las calles, también aumentó la responsabilidad de la Iglesia ante el incierto futuro político del país.

La Iglesia Católica demostró un objetivo poder político, una capacidad de convocatoria y de organización que nadie, ninguna organización política partidaria, tiene en el Brasil actual.

Pero la Iglesia, a través del Papa, de sus obispos, ha ratificado que no está dispuesta a asumir este liderazgo en la sociedad civil. Por otra parte, las salidas demócrata-cristianas no tienen vigencia en el Brasil moderno.

La pregunta es obvia. ¿A quién va a traspasar la Iglesia este poder político real que obra en sus manos? ¿Quién canalizará toda esta capacidad de movilización de las masas que el Papa puso en evidencia?

No será el gobierno de Figueredo, quien está muy lejos de contar con apoyo popular. Pero tampoco hay organizaciones políticas partidarias con suficiente envergadura como para hacerlo.

El futuro político de Brasil es incierto. La "apertura política" dio paso a la "adolescencia política" y Juan Pablo II, con su sola presencia, puso al Brasil político ante el compromiso de la "mayoría de edad".

